

LOCKE Y LA FORMACIÓN DEL ADOLESCENTE

Locke and the education of the adolescent

Dr. Francisco T. Baciero Ruiz
E-mail: fbaciero@alumni.unav.es
(Universidad de Salamanca)

RESUMEN: Locke ha pasado merecidamente a la historia de la Filosofía, especialmente por su *Ensayo sobre el entendimiento humano* y sus *Dos Tratados sobre el gobierno civil*. Su labor en el campo de la Pedagogía no es menos relevante, debido sobre todo a los *Pensamientos sobre la educación*, donde propone las líneas fundamentales de lo que debe ser la educación del gentleman o caballero, cuyo fundamento insoslayable radica en una sólida formación en la virtud basada en los principios morales del cristianismo.

Palabras clave: Locke, Educación moral, Autores españoles del siglo XVI.

ABSTRACT: John Locke has been considered one of the leading figures in the History of Philosophy, specially for his two famous treatises *An Essay concerning Human understanding* and *Two Treatises on Government*. None the less his work in Pedagogy, *Some thoughts concerning Education*, is no less important, and provides the leading strings of that what ought to be the education of the gentleman, whose unavoidable foundation must be a solid education in virtue grounded in the moral principles of Christianity.

Key words: Locke, Moral education, Spanish authors of the XVIth century.

Fecha de recepción: 21-I-2007

Fecha de aceptación: 5-II-2007

Locke es un filósofo justamente conocido por sus obras de filosofía teórica y política, el *Ensayo sobre el entendimiento humano* y los *Dos tratados sobre el gobierno civil*. Sin embargo, al lado de estas dos obras claves de su producción filosófica, se le ha reconocido una enorme importancia en el campo de la Peda-

gogía por sus *Pensamientos sobre la educación*, una recopilación de escritos sobre diversas cuestiones pedagógicas, publicados por vez primera anónimamente en Londres en 1693. Los *Pensamientos sobre la educación* serían reeditados posteriormente varias veces en vida de Locke, y conocerían pronto diversas traducciones a las lenguas de mayor difusión de la época, entre ellas la francesa, en la traducción de Pierre Coste de finales del mismo siglo XVII, de la que a su vez se haría la primera castellana de principios del XIX¹.

Los *Pensamientos sobre la educación* fueron originalmente una serie de cartas que Locke envió a mediados de los años ochenta del siglo XVII al caballero Edward Clarke, casado con un prima suya, a propósito de diversas cuestiones educativas o «pedagógicas» planteadas por los hijos del susodicho caballero, que posteriormente recopilaría y publicaría en forma de libro con el título con que han pasado a la posteridad, *Some thoughts concerning Education*². La obra consiguió pronto un notable éxito, conociendo varias reediciones y siendo traducida al poco al francés³.

1. Existe una traducción española reciente de los *Pensamientos sobre la educación*: LOCKE, J., *Pensamientos sobre la educación*, traducción de La Lectura y Rafael Lasaleta, Akal, Madrid, 1986, pp. 25-275 (las citas en castellano las tomaremos de aquí). Se pueden encontrar también en esta edición algunos otros escritos de Locke sobre cuestiones educativas, entre ellos: «Algunas ideas acerca de la lectura y el estudio para un caballero», de 1703 (ibid., pp. 355-362), o el manuscrito «Del estudio», de 1677 (ibid., pp. 363-381). El original inglés de todos estos textos puede verse en las Obras Completas publicadas en 1823 en 10 volúmenes, *The Works of John Locke*, in Ten volumes, London, printed for Thomas Tegg; W. Sharpe and son; G. Offor; G. and J. Robinson; J. Evans and Co.: also R. Griffin and Co. Glasgow; and J. Cumming, Dublin, 1823, Reprinted by Scientia Verlag Aalen, Darmstadt, 1.963, vol. 9, pp. iii-v, 6-205 para los *Pensamientos sobre la educación*, vol. 3, pp. 293-300, para el escrito de 1703, el resto se encuentra en *The Educational Writings of John Locke*, ed. James L. Axtell, Cambridge University Press, 1968 (cfr. la introducción de Mariano Fernández Enguita a la traducción que manejamos en pp. 9-23, nota 18 de la p. 13, p. 23).

2. Cfr. la «Dedicatoria»: «Estos Pensamientos concernientes a la educación que lanzamos ahora al mundo, pertenecen a usted [Edward Clarke] por derecho propio, puesto que han sido escritos desde hace algunos años y dirigidos a usted, y no son otra cosa que lo que usted ha recibido ya en mis cartas» (*Pensamientos sobre la educación*, p. 25); Locke habría publicado sus *Pensamientos* a instancias de sus amigos: «Las importunidades de los amigos son el estímulo común de las publicaciones, porque los hombres, de por sí, son tímidos para darlas a luz [...] otros, cuyo juicio me merece gran deferencia, me aseguran estar persuadidos de que esta tosca producción mía pudiera ser de alguna utilidad, si se ofreciera al público, y me han estimulado [...] Porque yo creo que es deber indispensable de todo hombre prestar a su país todo el servicio que le sea posible» (ibid., loc. cit.).

3. La primera edición de los *Pensamientos* es la de 1693 de Londres, integrada por 202 secciones, al igual que la segunda; en 1695 aparecería la tercera, firmada por Locke, y aumentada hasta las 216 secciones que la componen en la actualidad, la cuarta aparecería en 1699, y en 1704, año de su muerte, Locke tendría tiempo todavía de preparar una quinta (cfr. p. 22 del Prólogo de F. Enguita). En 1695 se publicó en Amsterdam la traducción fran-

Los *Pensamientos sobre la educación* están divididos en secciones o párrafos, que en la edición de obras completas de 1823 van acompañados a izquierda y derecha de los correspondientes epígrafes explicativos de su contenido (epígrafes que se conservan en lo esencial en la traducción española que manejamos), y que abordan diversas cuestiones relacionadas con la educación del niño (la educación del *gentleman* o caballero, no de cualquier niño, es decir, del niño de clase media-alta y alta, por decirlo en terminología más actual, la clase a la que pertenecían Edward Clarke y el propio Locke)⁴.

Locke aborda en sus *Pensamientos*, desde la salud física del niño a la propiamente científica o intelectual (la «instrucción»), pasando por la educación moral y la formación religiosa⁵.

cesa debida al amigo de Locke Pierre Coste (loc. cit.), a la que seguirían en ese mismo siglo las de Ámsterdam, 1721, Lausanne, 1746, etc. (cfr. CAPITÁN DÍAZ, Alfonso, *Historia del pensamiento pedagógico en Europa. (Desde sus orígenes al precientifismo pedagógico de J.F. Herbart)*, Dykinson, Madrid, 1984, p. 508, cfr. en general el breve estudio dedicado a Locke: «El «gentleman» en la concepción de Locke (1632-1704) sobre el hombre», pp. 501-508). La primera traducción española, a partir de la francesa de Coste, habría sido la madrileña de 1818 debida a «D.F.C.A.P.», que conocería varias reediciones (cfr. F. Enguita, p. 22).

4. Así lo hace constar Locke desde el comienzo: «aquella vocación o profesión de que más debe cuidarse, es de la del caballero. Porque si los de ese rango son colocados por la educación en el recto camino, ellos pondrán rápidamente en orden a los demás» (p. 27), y al final: «Pero aquí solamente se han expuesto algunos puntos de vista generales, referidos al fin principal y a los objetivos de la educación, y pensados para el hijo de un burgués No he tocado apenas más que aquellos capítulos que juzgué necesarios para la crianza de un joven burgués» (§ 216, p. 275, «those designed for a gentleman's son», «the breeding of a young gentleman», *Works*, 9, p. 205).

5. El contenido del libro se puede dividir a grandes rasgos en las siguientes partes: los párrafos 1 al 30 se dedican a la salud corporal (incluyendo el régimen alimenticio del niño, régimen de descanso, etc.). Los párrafos 31 al 71 abordan los métodos de la educación del niño: si los castigos son preferibles a los premios, el papel que juega el desarrollo de la virtud en la educación, las «compañías», etc. El lugar más adecuado para la educación (familia o escuela),... Los párrafos 72 al 87 se ocupan específicamente del papel del castigo y los premios, y, en particular, del castigo corporal (y «El látigo» en particular, §§ 83-87, muy habitual en época de Locke). Los párrafos 88 al 94 abordan las «Cualidades necesarias de un preceptor», los párrafos 95 al 133 aspectos caracteriológicos del niño en relación con las virtudes morales: el «temperamento» de los niños, «la voluntad», el llanto, el temor, la fortaleza, la «disposición a la crueldad», la mentira, etc. Los párrafos 134 al 146 el desarrollo de las virtudes en el niño: el papel que juega en su desarrollo la creencia en Dios (§§ 134-137), la prudencia (§ 140) y «las buenas maneras» (§§ 141-146). Los párrafos 147 al 195 se ocupan de la formación intelectual (lectura, escritura, dibujo, estenografía, lenguas extranjeras, latín, redacción en prosa y en verso, geografía, aritmética y astronomía, geometría, historia, moral, etc.). Los párrafos 196 al 209 abarcan los «Complementos» de la educación («El baile», la música, la esgrima y la equitación, los «oficios» manuales, la pintura, el juego y el recreo). Los párrafos 212 al 215 abordan la utilidad de los viajes al extranjero. El párrafo 216 es la «Conclusión» de la obra.

I. La salud corporal del niño

Los *Pensamientos sobre la educación* se inician constatando la importancia capital que la educación tiene para la formación de cualquier niño y su posterior desarrollo en la vida⁶.

A renglón seguido insiste en la importancia capital que la salud física tiene para el desarrollo del niño: «una constitución vigorosa y endurecida por el trabajo y la fatiga es útil para una persona que quiere hacer un papel en el mundo, es cosa demasiado obvia para que necesite ninguna prueba»⁷. Locke insiste en la importancia de una educación física estricta que contribuya a «endurecer» corporalmente al niño, en unos términos que resultan sin duda chocantes para nuestras categorías actuales⁸.

En este apartado dedicado a la salud física del niño salen también a relucir, no sin una gran dosis de ironía, los propios prejuicios de Locke contra los médicos (que él conocía muy bien, pues estudió en Oxford medicina y ejerció

6. «La felicidad y la desgracia del hombre son, en gran parte, su propia obra. El que no dirige su espíritu sabiamente, no tomará nunca el camino derecho, [...] pienso que puede afirmarse que de todos los hombres con que tropezamos, nueve partes de diez son lo que son, buenos o malos, útiles o inútiles, por la educación que han recibido» (§ 1, pp. 31-32).

7. § 3, p. 35.

8. Insiste, por ejemplo, en que los niños se habitúen por sus vestidos ligeros al frío y al calor y a todas las inclemencias del tiempo, después de sentar el siguiente principio general: «los caballeros deben tratar a sus hijos como los honrados agricultores o los colonos a los suyos [...] se vicia, o al menos se perjudica, la constitución de la mayor parte de los niños con la indulgencia y la ternura» (§ 4, p. 35); «Lo primero que ha de cuidarse es de que los niños no estén vestidos ni cubiertos con ropas que abriguen demasiado, ni en invierno ni en verano. La cara, cuando nacemos, no es menos delicada que cualquier otra parte de nuestro cuerpo. Sólo esta costumbre la endurece y la capacita para sufrir el frío» (§ 5, p. 36). En su programa de «endurecimiento» corporal, Locke llega incluso a proponer: «Sería también conveniente lavar diariamente los pies de los niños con agua fría, y proporcionarles zapatos tan delgados, que, cuando metan los pies en el agua, pueda ésta calarlos fácilmente» (§ 7, p. 38), con razón añade a continuación: «Es fácil prever que las madres han de recibir esta teoría con extrañeza. ¿Qué menos creerán que en la muerte de sus tiernas criaturas si las tratan así?» (ibid., p. 40, y añade una serie de ejemplos de su llamativa teoría tomados de la antigüedad clásica, entre ellos los de Séneca y Horacio, cfr. loc. cit. y notas). En la misma línea recomienda la enseñanza de la natación a los niños (§ 8, pp. 41-2), y el «andar con frecuencia al aire» (§ 9, p. 42). También que beban cerveza en vez de agua: «Su bebida debe ser solamente cerveza suave, y que no se le permita hacerlo entre comidas, sino después de que haya comido un pedazo de pan» (§ 16, p. 52, sobre los prejuicios de la época contra el agua, debido entre otras cosas a su insalubridad entonces, cfr. nota 24 de las pp. 50-1).

en numerosas ocasiones como médico, aun sin llegar a obtener el título oficial)⁹.

II. Educación moral

Locke insiste a menudo en que la parte fundamental de la educación del niño ha de ser su educación moral, que debe estar basada en el principio estoico-cristiano de que ha de enseñársele al niño a someter sus pasiones siempre al imperio de la razón: «Como la fortaleza del cuerpo consiste principalmente en ser capaz de resistir la fatiga, lo mismo ocurre con la del espíritu. Y el gran principio o fundamento de toda virtud y mérito estriba en esto, en que un hombre sea capaz de rehusarse la satisfacción de sus propios deseos, de contrariar sus propias inclinaciones y seguir solamente lo que su razón le dicta como lo mejor, aunque el apetito le incline en otro sentido»¹⁰.

Para Locke, la esencia de la formación en la virtud que propone no puede ser otra sino la sólida formación en los principios del cristianismo, que deben acompañarla en cualquier caso. De hecho, los párrafos 134 y siguientes están dedicados en su integridad a esta cuestión («Sobre la creencia en Dios como fundamento de la virtud» los titula la edición española). Allí podemos

9. Cfr. en el § 29: «Ni por una ligera indisposición debéis dar al niño medicinas ni ir en busca del médico, sobre todo si es un industrial que se apresure a llenaros la mesa de frascos y el estómago de drogas. Es más seguro confiar en la naturaleza que ponerlos en manos de un médico demasiado dispuesto a medicinarlos» (p. 63). Sobre la formación universitaria de Locke, cfr. la biografía canónica más reciente de CRANSTON, Maurice, *John Locke, a biography*, Longmans, Green and Co., London, New York, Toronto, 1957¹, pp. 29-43, pp. 69-79, pp. 93-99, pp. 246-7). Locke ingresó en Oxford en el verano de 1652, habiendo obtenido su título de «Baccalaureus Artium» en 1655/6, y el de «Magister Artium» en Junio de 1658; seis meses más tarde fue nombrado «Senior Student», en 1660 lector de griego, y en 1662 de retórica. En el verano de 1667 entró en contacto con el conde Shaftesbury, Anthony Ashley Cooper, de quien ya no se separaría hasta la muerte del segundo en 1683, siguiéndolo a Londres como secretario el mismo 1667. A partir de esa fecha, Locke abandonaría su actividad académica, si bien nunca perdería su puesto ni su sueldo como «don» oxoniense hasta 1684, en que le sería retirado por orden de Carlos II tras su huida a Holanda con otros líderes *whigs* el año anterior (cfr. los pasajes citados de CRANSTON).

10. § 33, p. 66; «la próxima tarea es la de mantener recto el espíritu para que esté siempre dispuesto a no consentir nada que no esté conforme con la dignidad y excelencia de una criatura racional» (§ 31, p. 65); «Me parece evidente que el principio de toda virtud y de toda excelencia moral consiste en el poder de rehusarnos a nosotros mismos la satisfacción de nuestros propios deseos cuando la razón no los autorice. Este poder ha de ser adquirido y desvuelto por el hábito, y se hace fácil y familiar por una práctica temprana [...], debe acostumbrarse a los niños a dominar sus deseos y a prescindir de sus caprichos, aun desde la cuna» (§ 38, p. 71-2).

leer, por ejemplo, lo siguiente: «Pongo la virtud como la primera y la más necesaria de las cualidades que corresponden a un hombre o a un caballero; porque es absolutamente indispensable para asegurarle la estimación y el afecto de los demás hombres, ... Sin ella, no creo que pueda ser dichoso ni en este mundo ni en el otro»¹¹; «Como fundamento de ella [de la virtud], es menester desde muy pronto, imprimir en el espíritu del niño una noción verdadera de Dios, presentándole como el Ser independiente y supremo, como el autor y creador de todas las cosas, de quien recibimos nuestra dicha, que nos ama y que nos ha dado todas las cosas. Por consiguiente, inspiraréis al niño el amor y el respeto al Ser supremo»¹²; «Estoy dispuesto a creer que si se habitúa a los niños a realizar regularmente, mañana y tarde, actos de devoción a Dios, como a su creador, su bienhechor y su providencia, bajo la forma de una plegaria sencilla y breve, apropiada a su edad y a su inteligencia, esto le será mucho más útil en religión, ciencia y virtud, que distraer sus pensamientos con curiosas investigaciones sobre su inescrutable esencia y ser»¹³.

En cuanto a la «motivación» del niño y la aplicación de premios y castigos en la educación, Locke insistirá con frecuencia en que es mejor premiar sus buenas actitudes que castigarle en exceso y sin motivo. Se mostrará especialmente contrario al empleo del látigo¹⁴. Según el criterio de Locke (aprendido

11. § 135, p. 189; «cualquiera que sea la persona a quien le confiéis la educación del niño ..., debe ser una persona a los ojos de la cual el latín y las lenguas no sean más que la parte más pequeña de la educación; una persona que sabiendo que la virtud y el equilibrio de carácter es cosa preferible a toda especie de ciencia y a todo conocimiento de las lenguas, se consagre, sobre todo, a formar el espíritu de sus alumnos, a inculcarles buenas disposiciones. En efecto, una vez adquirido este resultado, [...]; todo lo demás vendrá a su tiempo» (§ 177, p. 236).

12. § 136, pp. 189-90.

13. *Ibid.*, p. 190; y en la parte dedicada a la formación intelectual del niño: «Es necesario que el niño aprenda perfectamente de memoria el Padre Nuestro, el Credo y los diez mandamientos; pero no leyéndolos por sí mismos en un abecedario, sino repitiéndoselos aun antes de que sepan leer» (§ 157, p. 213); Locke insiste en esta parte en que el niño aprenda de memoria un Catecismo (y en concreto, el del «doctor Worthington»): «Desde que el niño sepa la plegaria dominical, el Credo y los diez mandamientos, será preciso hacerle cada día, o cada semana, una de las preguntas del catecismo, según que sea más o menos capaz de comprenderla y de retenerla. Cuando sepa perfectamente de memoria este catecismo, de manera que responda rápida y cabalmente a todas las cuestiones en él contenidas, convendrá enseñarle los demás preceptos morales sembrados aquí y allá en la Biblia. Este será para su memoria el mejor de los ejercicios; serán también reglas que deberán guiarle siempre a la mano para la conducta entera de su vida» (§ 159, pp. 214-5).

14. «suponiendo que se encuentren niños tan indiferentes y tan perezosos que no se pueda decidirlos a estudiar por las vías de la dulzura [...], no es, sin embargo, una razón para que se aplique con todos el duro régimen del látigo. No hay, pues, ninguno del cual

probablemente por experiencia propia), un temor excesivo o reverencial al maestro es contraproducente: «Los golpes y las palabras violentas del preceptor, llenan de terror y de espanto el espíritu de los niños, y estos pensamientos se apoderan de su espíritu enteramente y no dejan lugar a otras impresiones. Estoy seguro de que todos mis lectores recordarán el desorden que causaba en su espíritu las palabras vivas o imperiosas de sus padres o de sus maestros, y cómo estaban tan turbados, que, durante muchos minutos, apenas podían comprender lo que se les decía o lo que decían ellos mismos. Perdían por un momento la visión del objeto que les ocupaba; su espíritu se llenaba de desorden y de confusión»¹⁵. El verdadero «arte» del profesor consistirá, en cambio, en lograr conservar siempre la atención del niño, antes que en recurrir al castigo¹⁶.

III. Buenas maneras

Como hemos dicho, Locke da muchísima más importancia a la formación moral del niño que a cualquier otra (con excelente criterio por lo demás, a nuestro entender, como hoy vienen a reconocer todas las publicaciones sobre «inteligencia emocional» que se han hecho famosas en la última década).

pueda decirse que no puede ser gobernado por la dulzura y la moderación, [...]. Si estos medios no le determinan a trabajar con todas sus fuerzas, [...]. El látigo es el remedio conveniente en tales casos; pero el látigo suministrado según otros procedimientos que los ordinarios. ... ; se le debe golpear (mezclando los golpes con amonestaciones) hasta que pueda leerse en su rostro, en su voz, ..., que el castigo ha hecho impresión en su espíritu» (§87, pp. 119-20).

15. § 167, pp. 223-4; «Sin duda, que los padres y los preceptores deben dar por base a su autoridad los sentimientos de temor que inspiran a sus hijos o a sus alumnos [...]. Pero, cuando han adquirido algún ascendiente sobre ellos, conviene que no le utilicen, sino con gran consideración, y que no se transformen en espantapájaros que hagan temblar a los niños con su vista» (ibid., p. 234).

16. «El gran arte del profesor es el de obtener y conservar la atención de su alumno; con ella es seguro llegar tan lejos como lo permitan las aptitudes del escolar; sin ella [...] no se obtendrá nada o muy poca cosa» (ibid., p. 224). Locke es partidario de combinar adecuadamente (hablando siempre de los «niños», como se desprende del contexto, no del adolescente), la disciplina con la dulzura: «Sólo la perversidad testaruda ha de castigarse con un tratamiento imperioso y duro. Las demás faltas debéis corregirlas con una mano dulce. Las palabras amables y confortables producirán sobre una buena naturaleza un efecto mejor y más seguro, y aun evitarán, con la mayor frecuencia, la perversidad que una disciplina autoritaria y rigurosa tiene por efecto engendrar en los espíritus bien dispuestos y generosos. Sí, la obstinación y las faltas voluntarias deben ser reprimidas, cueste lo que cueste, y aun mediante los golpes si es necesario. Pero yo me inclino a creer... que la mayor parte de los niños merecerían raras veces ser golpeados si una severidad inútil y fuera de lugar no hubie-ra desvuelto sus malos sentimientos» (ibid., pp. 224-5).

Parte de la educación en la virtud es, como no podría ser de otro modo, la formación en las «buenas maneras» del *gentleman* («Breeding» en el original). En los parágrafos que Locke dedica a la cuestión podemos encontrar, por ejemplo, pasajes tan bellos y pertinentes como los siguientes: «Hay dos maneras de ser mal educado: la primera tiene por efecto una tonta timidez; la segunda se manifiesta por la falta de reserva, por un defecto extraño de respeto en relación con los demás. Se evitarán estos dos defectos con la práctica constante de esta única regla: no tener mala opinión de sí mismo ni de los demás»¹⁷; «la otra manera de ser mal educado consiste, por el contrario, en que no parece preocuparnos bastante de agradar o demostrar respeto a las personas con quienes nos relacionamos. Para evitar este segundo defecto son necesarias dos cosas: en primer lugar que estemos dispuestos a no ofender jamás a los otros: después, que sepamos encontrar el medio más agradable y más expresivo de manifestar esa disposición. Por la primera de estas cualidades se llama a los hombres urbanos; por la segunda, cortesés. La cortesía es la gracia, la conveniencia en la mirada, en la voz, en las palabras, en los movimientos, en los gestos, en toda la actitud que hace que se triunfe en el mundo y que da tranquilidad, al mismo tiempo que encanta, a las personas con quienes conversamos»¹⁸.

17. § 141, p. 197.

18. § 143, p. 198; y añade: «Distinguiré cuatro defectos que son los más directamente contrarios a la cortesía; es decir, la primera y más atractiva de todas las virtudes sociales [...]. 1º El primero es esa rudeza natural que determina la falta de complacencia para los demás hombres, [...]. Es esta una brutalidad que choca y que irrita a todo el mundo, [...]. 2º Un segundo defecto es el menosprecio, la falta de respeto que se traiciona en las miradas, las conversaciones o los gestos, y que, de cualquier parte que proceda, siempre es desagradable [...]. 3º El espíritu crítico, la disposición a encontrar en falta a las demás personas, están en directa oposición con la cortesía. Los hombres, sean o no culpables, no quieren ver sus faltas divulgadas y expuestas a la luz del día ante ellos y ante otras personas [...]. 4º El afán de disputar es también un defecto contrario a la cortesía, no solamente porque nos arrastra en nuestras palabras y en nuestra conducta a inconvenientes y groserías, sino también porque parece indicar que tenemos que quejarnos de alguna falta de parte de los que son objeto de nuestra cólera [...]. El que sabe ser agradable a las personas que frecuenta sin rebajarse hasta adulaciones humildes y serviles, ha encontrado el secreto del arte de vivir en el mundo, ... Por eso sería preciso, ante todo, habituar a la cortesía a los niños y a los jóvenes» (ibid., pp. 198-201, todo un programa de «educación para la ciudadanía» y las «buenas maneras», ciertamente –que tal convendría reintroducir de una vez aquí en España–, programa que para Locke, en cualquier caso, y como acabamos de ver, se fundaría en una previa educación en la virtud, basada ella misma en los principios religiosos del cristianismo).

IV. Formación intelectual

En cuanto a la formación específicamente intelectual del niño, a la que Locke dedica el amplio pasaje que abarca los parágrafos que van desde el 147 al 195, podríamos resumirla en los siguientes puntos fundamentales¹⁹.

Locke aborda en primer lugar el método que se ha de seguir para enseñar a leer al niño, que ha de lograrse como si de «un juego» se tratase: «es preciso tener cuidado de que la lectura no se convierta en un trabajo por sí misma y que el niño no la considere una tarea»²⁰. Una vez que el niño ha aprendido

19. Locke insiste, como de costumbre, en que la formación «intelectual» del niño es siempre secundaria respecto a su formación moral: «Os asombrará, quizás, que hable yo de la instrucción en último lugar, [...]. Esto puede parecer extraño en boca de un hombre de estudio; y la paradoja la hace mayor el que la instrucción es ordinariamente el asunto principal, si no el único, que se tiene en cuenta cuando se habla de educación» (§ 147, p. 207); «La lectura, la escritura, la instrucción, todo lo creo necesario, pero no creo que sea la parte principal de la educación. Imagino que tomaríais por un loco al que no estimase infinitamente más a un hombre virtuoso y prudente que a un escolar perfecto [...] . Buscad, pues, alguno [preceptor de los niños] que sepa formar discretamente las costumbres de su discípulo; poned, pues, vuestro hijo en tales manos que podáis, en la medida de lo posible, garantizar su inocencia, desenvolver y alimentar sus buenas inclinaciones, corregir dulcemente y curar las malas y hacerle adquirir buenos hábitos. Este es el punto importante. Una vez que se haya conseguido, la instrucción puede ser adquirida por añadidura, y, a mi juicio, en condiciones fáciles» (§ 147, p. 208). Lamentablemente, hoy en España la educación moral y «en la virtud y la inocencia», es inexistente, hasta tal punto se ha devaluado este aspecto de la educación (sirvan como punto de comparación a las palabras de Locke, las siguientes de una clase de «educación» sexual a la que tuve la oportunidad de asistir con mis alumnos de Bachillerato: después de secuestrar la instructora correspondiente a todos los alumnos del instituto *manu militari*, la señora en cuestión, del «Instituto de la mujer» de la autonomía correspondiente –que en honor a la verdad no era la de Castilla y León–, comenzaba su charla: «¿Habéis visto alguna vez algún preservativo?», en medio de la previsible hilaridad general: «pues aquí tenéis uno, y se utiliza así y así» –así se despachó, en efecto, todo el tiempo. En toda la charla sobre «educación» sexual, de una hora o más de duración, ni por asomo salió una sola vez la expresión «amor» o «sentimientos», extremo que le hice notar a la señora en cuestión, y para el que, como temía, no obtuve respuesta. Es natural y muy obvio que las enfermedades de transmisión sexual se multipliquen entre los adolescentes –y los no que no lo son– con semejantes criterios pedagógicos, aunque entre pedagogos, «enseñantes», y políticos sobre todo –especialmente de ciertos partidos–, no parece haber demasiados dispuestos a explicar lo obvio).

20. § 148, p. 208; «Hay una gran cantidad de cosas que nos inspiran aversión sólo porque nos han sido impuestas» (loc. cit.); «Así es como se puede, sin ellos sospecharlo, hacerles conocer las letras a los niños, enseñarles a leer, sin que vean en ello otra cosa que un juego, y divertirlos con un estudio por el cual los demás niños de su edad son azotados» (§ 149, p. 209, «en Portugal el aprender a leer y a escribir es hasta tal punto una moda, un objeto de emulación para los niños, que no se puede impedirles que trabajen en ello. Se les ve enseñarse a leer unos a otros, y ponen en ello tanto ardor como si les estuviese prohibido» (§ 148, p. 209). De hecho Locke sugiere algún juego de dados para que los niños aprendan el

a deletrear y unir las sílabas, se le debe iniciar con lecturas sencillas e imaginativas, y en concreto con las *Fábulas* de Esopo²¹.

En cuanto a la escritura, recomienda el «modo italiano» de coger la pluma, y aprender a hacerlo utilizando caracteres impresos previamente en papel, que el niño repasará con su pluma al modo de las cartillas de escritura²².

En lo que hace a las lenguas extranjeras, Locke recomienda el aprendizaje del francés desde la más tierna edad, por medio de la práctica de la conversación, y con pocas dosis de gramática²³.

Al estudio del latín, por ser asignatura imprescindible del currículum de su época, dedica un amplio pasaje que abarca los parágrafos del 163 al 174. Locke considera el estudio del latín «necesario para un caballero», y sólo deberá iniciarse después de haber aprendido el francés²⁴. Desaconseja expresa-

alfabeto: «Conozco a una persona de calidad [...] que pegando las seis vocales (la *y* es una vocal en lengua inglesa) sobre los seis lados de un dado y las diez y ocho consonantes sobre los lados de otros tres dados, ha hecho para sus hijos un juego en el que gana el que de cada vez echa más palabras con sus cuatro dados. De esta manera, el más joven de sus hijos, [...] se divierte grandemente en aprender a deletrear con el mayor ardor» (§ 151, pp. 210-1).

21. § 156, p. 212; Locke recomienda además que el libro tenga ilustraciones: «Si su ejemplar de Esopo contiene ilustraciones, esto le divertirá todavía más y le estimulará a leer» (loc. cit.), y desaconseja la lectura indiscriminada de la Biblia como método de iniciación a la lectura (§ 159, p. 214).

22. «la primera cosa que hay que enseñarle es a coger bien la pluma [...]. Pienso que la costumbre italiana, que es tener la pluma entre el pulgar y el índice solamente, es la mejor de todas [...]. Una vez adquiridas estas prácticas, el modo de enseñar al niño a escribir sin demasiado esfuerzo, es tener una plancha sobre la que estén grabadas las letras [...]. De esta plancha así grabada, tirar muchos ejemplares con tinta roja sobre un buen papel de escribir, de modo que el niño no tenga más que repasar estos caracteres con una buena pluma» (§ 160, pp. 215-6). Locke recomienda asimismo el aprendizaje del dibujo y la estenografía, el primero para reproducir convenientemente curiosidades de viaje, que de otro modo se perderían (§ 161, p. 216), la segunda, para ser capaz de escribir rápidamente y de forma «oculta» en caso de necesidad (ibid., p. 217, el mismo Locke, por las circunstancias de persecución política contra los *whigs* que le tocó vivir –y que le conducirían al exilio en Holanda–, fue un consumado experto en la estenografía o *short-writing*).

23. «Cuando el niño sabe hablar su lengua materna, es tiempo de enseñarle alguna otra lengua. Entre nosotros nadie duda que es el francés el que es preciso escoger [...] en nuestro país estamos [...] familiarizados con el verdadero método que conviene para enseñar esta lengua, y que consiste en hablarla con los niños, siempre que se conversa con ellos, sin hacer intervenir las reglas gramaticales» (§ 162, p. 218, recomienda el mismo método para aprender el latín: «Se podría enseñar fácilmente la lengua latina con los mismos procedimientos, si el maestro, permaneciendo constantemente con el niño, no le hablase sino en latín», loc. cit.).

24. § 163, p. 218; «Cuando el niño sabe hablar y leer bien el francés, [...] , es preciso aplicarlo al latín, y puede sorprender que los padres, que han visto por experiencia cómo se enseña el francés, no sepan comprender que se debe enseñar el latín de la misma manera, es decir, hablándolo y leyéndolo» (ibid., loc. cit.).

mente el método habitual de aprenderlo en las escuelas, basado en el aprendizaje memorístico de la gramática y de largos fragmentos de texto en latín, recomendando en su lugar reiteradamente el aprendizaje por la conversación, como si de una lengua viva se tratase²⁵. En defecto de un preceptor que hable al niño en latín, Locke recomienda que comience leyendo las fábulas de Esopo con una traducción al lado, y, una vez que las domine, continuar con las obras de san Justino y Eutropio²⁶.

Es en este contexto en el que aparece la recomendación de la lectura de la gramática latina del Brocense, la *Minerva*, una vez que el niño haya adquirido los primeros rudimentos de las declinaciones y conjugaciones: «Como este método [de aprender leyendo las *Fábulas* de Esopo] sería más imperfecto que el que consistiría en hablarle latín, sería necesario enseñarle de memoria, primero la formación de los verbos; después, las declinaciones de los nombres y de los pronombres, [...]. Esto es todo lo que necesitan de Gramática, [...], hasta el momento en que puedan leer la *Minerva* de Sanctius con las notas de Scioppius y de Périzonius»²⁷.

25. «el método que se sigue de ordinario en los colegios para enseñarlo [el latín] es tal, que, [...] no puedo resolverme a recomendarlo [...] el método [...] que yo me represento como más fácil, [...] se reduciría a esto: «no embarazar al niño con ninguna especie de gramática, sino hacerle hablar el latín, simplemente como se hace con el inglés, sin abrumarlo de reglas. Si reflexionáis en ello, en efecto, el latín no es más extraño al niño que acaba de nacer, que el inglés» [...]. Igualmente aprendería el latín como el mismo Cicerón, si tuviese cerca de él alguien que le hablase en esta lengua» (§ 165, p. 219).

26. § 167, p. 221, § 168, p. 225; Justino es, sin duda, el apologista y mártir del siglo II San Justino, decapitado ca. 165, creador de una escuela de filosofía cristiana en Roma y autor de dos *Apologías* y un *Diálogo con Trifón* (cfr. por ejemplo ALTANER, B., *Patrología*, traducción de Eusebio Cuevas y Ursicino Domínguez-del Val, O.S.A., Espasa Calpe, Madrid, 1956, pp. 116-121); Eutropio es el historiador romano del siglo IV d.C., procónsul de Asia bajo el emperador Valente y autor de un breviario de la historia de Roma en 11 libros con el título *Breviarium ab urbe condita*, escrito en un estilo «sencillo, elegante y claro» (cfr. *Enciclopedia Espasa Calpe*, vol. 22, Madrid, 1980, pp. 1452-3, existe una traducción castellana reciente en EUTROPIO, *Breviario. Libro de los Césares*, Introducciones, traducción y notas de Emma Falque, Gredos, Madrid, 1999). En otro pasaje recomienda Locke que se aprenda latín leyendo el Evangelio: «a pesar del ruido que se ha hecho alrededor del latín y de la dificultad de aprenderlo, es indudable que una madre podrá enseñarlo a su hijo con que quiera solamente consagrarle dos o tres horas por día haciéndole leer los Evangelios» (§ 177, pp. 236-7).

27. § 167, p. 221 (el texto de la traducción que manejamos dice: «Como este método sería más **perfecto** que el que consistiría en hablarle latín», tratándose sin duda de un error, puesto que el original dice: «a more imperfect way than by talking Latin unto him», *Works*, 9, p. 155).

Se trata de la *Minerva seu de causis linguae latinae*, afamada gramática latina publicada por vez primera en 1587 por el catedrático salmantino Sánchez de las Brozas (1523-1601, nacido en la localidad cacereña del mismo nombre y muerto en Salamanca). Sánchez de las Brozas, erudito filólogo y traductor del griego y latín, gramático y retórico, hombre de espíritu libre, llegaría a ser acusado al final de su vida por algunos colegas ante la Inquisición por ciertas expresiones despectivas contra la escolástica al uso²⁸.

A Sánchez de las Brozas se le ha considerado, en la estela del juicio ya emitido por Menéndez Pelayo, uno de los fundadores de la gramática especulativa, en el origen de las gramáticas «generativo-transformacionales», como Chomsky ha reconocido, en la medida en que el Brocense se apartaría de una gramática puramente «taxonómica» o «descriptivista», como la de Nebrija, para buscar sus fundamentos lógicos o ideales²⁹.

28. Menéndez Pelayo da el siguiente juicio de la retórica del Brocense en su *Historia de las ideas estéticas*: «Sólo el Brocense era digno de completar su obra [de Vives, Fox Morcillo, Matamoros y Arias Montano]. Y aunque el *Organum Dialecticum et Rhetoricum* no sea tal que pueda hombrarse con la sabia *Minerva*, porque al fin y al cabo, en ésta se funda una ciencia nueva, la filosofía del lenguaje, al paso que en el *Organum* no pretende [...] otra cosa que sacar las extremas consecuencias de los principios de Vives y de Pedro Ramus, siempre será intento digno de loa el haber fundido en un solo libro la Lógica y la Retórica, fusión apetecida de muchos [...] retardada por los escrúpulos de contravenir las enseñanzas de Aristóteles» (MENÉNDEZ PELAYO, M., *Historia de las ideas estéticas en España*, Ed. revisada y compulsada por D. Enrique Sánchez Reyes, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Santander, Aldus, 1940, vol. II, «Siglos XVI y XVII», p. 178, cfr. en general las pp. 178-82, cfr. *ibid.*, pp. 255-6, el comentario de Menéndez Pelayo a la edición del Brocense de las poesías de Gracilaso, de 1576). Existen dos ediciones recientes de la *Minerva*: SÁNCHEZ DE LAS BROZAS «EL BROCENSE», F., *Minerva o de la propiedad de la lengua latina*, Introducción y traducción por Fernando Rivera Cárdenas, Cátedra, Madrid, 1976 (cfr. la «Introducción» del editor en pp. 9-33, con una breve bibliografía en p. 33, cfr. en p. 20 el juicio de Roland Donzé sobre la presencia del Brocense en la quinta edición de la *Gramática* de Port-Royal: «la quinta [edición] (1656) modificó su carácter por medio de la incorporación de tres gramáticos filósofos: el Brocense, Scioppius y Vossius», tomado de DONZÉ, R., *La Gramática General y Razonada de Port-Royal. Contribución a las ideas gramaticales en Francia*, Eudeba, Buenos Aires, 1970, p. XII); y una edición crítica bilingüe en SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, F., *Minerva o De causis linguae latinae*, Libri I, III, IV (Intr. y ed. de E. Sánchez Salor), Liber II (Ed. C. Chaparro Gómez), Institución Cultural el Brocense/Universidad de Extremadura, Cáceres, 1995 (Introducción en pp. 7-31).

29. «Hay cierta semejanza, ... , entre la teoría de la estructura profunda y superficial y una tradición mucho más antigua. Los partidarios de la gramática filosófica insistieron en señalar dicha semejanza ... y no dejaron de reconocer lo que debían a la gramática clásica no menos que a algunas grandes figuras del Renacimiento, como por ejemplo el sabio español Sánchez de las Brozas. Sánchez, [...], había desarrollado una teoría de la elipsis que tuvo gran influencia sobre la gramática filosófica [...]. No hay duda de que en su exposición del concepto de la elipsis, como una propiedad fundamental del lenguaje, Sánchez dio

En cuanto a la redacción en latín, Locke se muestra contrario a que el niño escriba disertaciones sobre temas que desconoce, mucho más si son en latín³⁰. Más aún las disertaciones se muestra contrario a la composición de poesías en latín, y contra toda poesía en general³¹.

muchos ejemplos [...] que exteriormente guardan un estrecho paralelo con los que se usaron para desarrollar la teoría de la estructura profunda y superficial» (CHOMSKY, N., *El lenguaje y el entendimiento* -traducción del original inglés *Language and Mind*, 1968-, de Juan Ferraté, Seix Barral, Barcelona, 1971, pp. 35-6, cfr. la *Minerva*, Lib. IV, cap. 1, ed. Cátedra, p. 320), cfr. además CHOMSKY, p. 40, o lo que dice en *Lingüística cartesiana*: «Aparte de sus orígenes cartesianos, la teoría del lenguaje de Port-Royal, con su distinción entre la estructura profunda y superficial, se puede llevar hasta la gramática escolástica y la renacentista; en particular, hasta la teoría de la elipsis y de los «tipos ideales» que alcanzaron su más pleno desarrollo en la *Minerva* de Sanctius (1587)» (CHOMSKY, N., *Lingüística cartesiana. Un capítulo de la historia del pensamiento racionalista*, versión española de Enrique Wulff -del original inglés de 1966-, Gredos, Madrid, 1984, p. 79, nota 67). Sobre el Brocense y su importancia capital en la historia de la lingüística, cfr. asimismo OTERO, Carlos-P., *Introducción a la lingüística transformacional*, Siglo XXI Editores, México, 1976, «Lancelot «avant la lettre»: Sánchez de las Brozas», pp. 32-39; de entre los gramáticos filosóficos del quinientos, el Brocense habría sido según Croce «il più profondo di tutti» (ibid., p. 60, que lo toma de CROCE, Benedetto, *Estetica como scienza dell'espressione e linguistica generale* [1902], Bari, Laterza, 1965, p. 230, cfr. referencia bibliográfica en p. 272), «La fundamentación racionalista que el Brocense da al lenguaje explica su portentosa difusión en el terreno de la gramática latina», «La obra del Brocense tuvo una amplísima resonancia fuera de España» (ibid., p. 39, tomado de LÁZARO CARRETER, F., *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1949, pp. 134, 136; cfr. las referencias a Chomsky y Peregrín-Otero en el art. correspondiente de FERRATER MORA, J., *Diccionario de Filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, vol. 4, p. 2924).

30. Y da razones muy pertinentes para ello: «expliquemos un poco [...] por qué no se puede, a mi juicio, hacer componer al niño disertaciones y versos. 1º. Para las disertaciones, se pretende, [...] , que tienen alguna utilidad, porque enseñan a hablar con conveniencia y elegancia sobre todas las materias; [...]. Pero entiendo que hacer disertaciones según el método de los colegios, no aprovecha una jota para este propósito. Considerad, en efecto, en qué se ocupa un niño cuando se le propone un ejercicio de este género, se le obliga a discurrir sobre una máxima latina, como *Omnia vincit amor*, [...]. Y entonces, el pobre niño, que no tiene ningún conocimiento de las cosas que debe hablar (conocimiento que no se adquiere sino con el tiempo y la experiencia), debe poner su imaginación en tortura, [...]. Para que tenga medios un alumno de decidir sobre un asunto cualquiera, es preciso que conozca este asunto, sin lo cual es tan absurdo obligarle a hablar de ello como lo sería obligar a un ciego a disertar sobre los colores» (§ 171, pp. 230-1); «En segundo lugar, considere la lengua que están llamados a emplear en estas disertaciones: es el latín, una lengua extranjera, una lengua muerta» (§ 172, p. 231); «proponed a los jóvenes cuestiones razonables y prácticas, apropiadas a su edad y a sus facultades» (ibid., loc. cit.).

31. En las coordenadas de la estricta formación calvinista que recibió en su casa y durante sus estudios (Locke ingresó en Oxford en 1652, en un período en que la universidad estaba «tomada» por los puritanos en todos los órganos académicos: durante su época de alumno se iniciaba la jornada a las cinco de la mañana con las oraciones en la capilla,

El resto de las materias del currículum académico deberían estudiarse en el siguiente orden: la Geografía en primer lugar, seguida de la Aritmética, que es una ayuda para la anterior, a continuación la Geometría, seguida de la Cronología y la Historia³².

Para la Retórica y el estilo Locke desaconseja el empleo de la lógica tradicional escolástica y de sus «modos y figuras», mostrándose partidario en su lugar de los autores clásicos ingleses y de Cicerón, del que fue siempre un admirador³³. Locke recomienda también a Cicerón para la formación moral del niño, insistiendo de nuevo en la enseñanza de la virtud como piedra de toque de su formación, de acuerdo siempre con el patrón de las enseñanzas bíblicas: «desde el comienzo de sus estudios, ..., se enseña al niño a conocer la virtud, y mediante la práctica más que bien que por reglas, como se le enseña todos los días a poner el amor a la reputación por encima de la satisfacción de sus deseos, no sé si será útil que se le haga leer sobre la moral alguna cosa más que lo que encuentre en la Biblia, o que se ponga en sus manos algún tratado de moral hasta la edad en que pueda leer los *Deberes*, de Cicerón»³⁴.

En cuanto a la «filosofía natural» o física, Locke se muestra partidario de que el niño comience por la metafísica antes de avanzar en la física, que considera no haber alcanzado todavía un estatuto de verdadera ciencia: «Me parece que la filosofía natural entendida como ciencia especulativa no existe todavía, y

estando los estudiantes obligados a escuchar dos sermones diarios de los que debían dar cuenta al tutor personal. Cf. CRANSTON, p. 31). Locke no puede dejar de ocultar su desprecio por la poesía como una ocupación «ociosa» propia de hombres sin provecho: «Si hay buenas razones que dar contra el uso establecido[...] de hacer componer disertaciones latinas a los niños, todavía las hay más numerosas y más fuertes que alegar contra los versos latinos y aún contra los versos de todas clases [...]. Me parece, [...], que los padres deberían sofocar y reprimir esta disposición poética todo lo posible; y no veo por qué puede desear un padre hacer de su hijo un poeta, si no quiere inspirarle también el disgusto por [...] los negocios de la vida» (§ 174, p. 232); por lo demás no parece Locke un avezado preceptista: «el que pretenda brillar en la poesía inglesa, no llegará a imaginarse que el mejor medio de triunfar en ella sea el de hacer sus primeros ensayos en versos latinos» (ibid., p. 233).

32. Cfr. los §§ 178-184, pp. 237-241; lo ideal sería enseñar todas esas materias en latín o en francés: «Si se le enseñan, en efecto, estas cosas en francés o en latín, desde que tiene alguna inteligencia de una u otra o de ambas lenguas, tendrá la ventaja de adquirir el conocimiento de estas ciencias, y del lenguaje, por añadidura» (§ 178, p. 237).

33. § 188, pp. 243-4, «No alimentéis a vuestro hijo con el vano y artificial formalismo de la dialéctica» (§ 189, ibid., p. 244); «si deseáis perfeccionarle más completamente en esta habilidad [de escribir bien], [...] ,podéis, a mi juicio, recurrir a Cicerón, haciéndole poner en práctica las reglas que el maestro de la elocuencia da en su primera obra (*De inventione*, § 20)» (ibid., p. 246).

34. § 185, p. 242 (se trata de la conocida obra *De Officiis* de Cicerón sobre los deberes).

quizás tengamos razones para pensar que nunca estaremos en estado de hacer de ella una ciencia»³⁵; «La filosofía natural estudia los principios, las propiedades, las operaciones de las cosas, tales como son en sí mismas. Creo, pues, que se puede dividir en dos partes: una, que comprende los espíritus con su naturaleza y sus cualidades; otra los cuerpos. A la metafísica se refiere habitualmente la primera. Pero cualquiera que sea el nombre que se dé al estudio de los espíritus, creo que debe venir antes del estudio de la materia y de los cuerpos. En efecto, sin la noción del espíritu, nuestra filosofía permanecería manca e incompleta en una de sus partes esenciales, puesto que dejaría a un lado la consideración de los seres más poderosos y más excelentes de la creación»³⁶.

En cuanto al griego, y de acuerdo con la orientación eminentemente práctica recogida en el libro, Locke: no recomienda su estudio «para un caballero», por su dificultad y poca utilidad para la vida³⁷.

Tal sería a grandes líneas el esquema de la educación «formal», por un lado, y moral, por otro, del niño según Locke, una educación basada prioritariamente en la adquisición de una sólida formación moral y religiosa, como fundamento inexcusable de todo lo demás, y cuyas líneas generales nos parecen todavía hoy (incluso mucho más que en la época en que fueron escritas), esencialmente acertadas e imprescindibles para el crecimiento equilibrado de los niños y adolescentes.

V. Autores españoles en los escritos de Locke

A todo lo anterior cabe añadir que Locke era un infatigable lector, no sólo de materias científicas, políticas y teológicas (sus materias preferidas), sino

35. § 190, p. 248, «La naturaleza ha combinado sus obras con tanta sabiduría, actúa por vías que sobrepujan de tal modo nuestras facultades [...], que nunca nos será posible reducirla a leyes científicas» (loc. cit.).

36. Ibid., pp. 248-9. A pesar de todo Locke recomienda el estudio de la física de Newton por su valor científico: «Aunque los sistemas de Física que encuentro me ofrecen pocas esperanzas de encontrar la certidumbre o la ciencia [...], sin embargo, el incomparable mister Newton nos ha mostrado cómo las matemáticas, aplicadas a ciertas partes de la Naturaleza, según principios comprobados por la experiencia, podían llevarnos lejos en el conocimiento de[...]alguna de las provincias del incomprensible Universo. Y si otros sabios pudieran darnos sobre las demás partes de la Naturaleza, explicaciones tan seguras y tan claras como las que contiene, [...] , su admirable libro *Philosophiae naturalis principia mathematica*, podríamos concebir la esperanza legítima de tener un día sobre muchas partes de esta sorprendente máquina del mundo, conocimientos más verdaderos» (§ 194, p. 253).

37. «no puede pasar por sabio un hombre que ignore la lengua griega. Pero yo no quiero considerar aquí la educación de un sabio de profesión; yo no me ocupo sino de la educación de un caballero, al cual todo el mundo conviene que le son necesarios el latín y el francés, visto el estado presente de las cosas» (§ 195, p. 254).

también un gran aficionado a la literatura de viajes y de entretenimiento en general, como certifican las muchas citas de sus obras tomadas de estas fuentes. Entre sus lecturas no faltaron tampoco los autores españoles, como no podía ser de otro modo, en la época que lo tocó vivir. Entre ellos se encontraban, por ejemplo, los jesuitas Mariana y José de Acosta, y el *Quijote* de Cervantes, del que Locke se mostró siempre un declarado entusiasta.

En su carta sobre la educación de 1703, Locke alude del modo más elogioso tanto a la *Historia de España* de Mariana, como al *Quijote*, dos obras que admiraba, si hemos de creerle: «Mariana's History of Spain, and Thuanus's History of his Own Time, and Philip de Comines, are of great and deserved reputation [...]. Of all the books of fiction, I know none that equals Cervante's History of Don Quixote in usefulness, pleasantry, and a constant decorum. And indeed no writings can be pleasant, which have not nature at the bottom, and are not drawn after her copy»³⁸. En efecto, Locke, como muchos ingleses de su tiempo, fue atento lector del *Quijote*, como confirma a las claras el siguiente pasaje del § 79 del primer *Tratado sobre el gobierno civil*: «Y si don Quijote hubiera enseñado a gobernar a su escudero con autoridad suprema, nuestro autor [Filmer] sería, con toda seguridad, el más leal de los súbditos de la ínsula de Sancho Panza»³⁹.

38. *Works*, 3, pp. 299-200 (pp. 360-1 de la traducción que manejamos). Sobre Juan de Mariana (1536-1624), famosísimo sobre todo por su *De Rege et Regis institutione*, en el que defendía el tiranicidio, y su *Historia de España*, publicada originalmente en latín, cfr. las siguientes palabras de Alonso Zamora Vicente: «La *Historia* de Mariana [*Historiae de rebus Hispaniae libri XXX* en la edición original de Toledo, 1592, traducida al castellano en 1601 por el mismo Mariana] abarca hasta los Reyes Católicos [...] . Narra conjuntamente las vicisitudes de todos los reinos de la Península, agrupados en torno a Castilla, verdadera cabeza de la patria [...]. Pero su *Historia* no es solamente la exposición nacional de un pasado. Es también una magnífica obra de arte. Pone de relieve todo lo que puede ser atrayente, cautivador. Las descripciones maravillosas de los lugares donde acaece el suceso histórico, patetismo de las arengas, de las cartas, [...] , hacen que la prosa castellana del libro se haya convertido[...] en el patrón de la prosa histórica» (*Diccionario de literatura española*, dirigido por Germán Bleiberg y Julián Marías, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1972⁴, p. 563).

39. LOCKE, J., *Dos tratados sobre el gobierno civil*, Introducción de Joaquín Abellán, traducción y notas de Francisco Giménez García, Madrid, 1991, pp. 123-4 («And if Don Quixote had taught his Squire to Govern with Supreme Authority, our A. no doubt could have made a most Loyal Subject in Sancho Panza's Island», *Works*, vol. 5, p. 274). El *Quijote* adquirió una fama extraordinaria en toda Europa al poco de su publicación, muy especialmente en Inglaterra, donde ya se hacían referencias a él antes incluso de que se tradujese la primera parte (por Thomas Shelton, en Londres, 1612, la segunda parte sería traducida en 1620 y reimpressa en 1652 –edición que Locke poseía–; sobre la difusión del *Quijote* en Inglaterra cfr. por ejemplo DE RIQUER, M., VALVERDE, J. M.^a, *Historia de la literatura universal*, Planeta, Barcelona, 1984, vol. 5, pp. 150-7, pp. 150-1).